

marta lamas

madre soltera

Cuando mis padres me vieron con la panza de seis meses mi madre empezó a gritarme y a llorar al mismo tiempo, mientras mi papá me miraba con los ojos llenos de lágrimas, sin atreverse a decir nada. Yo llevaba más de dos años viviendo sola, y los veía cada dos o tres meses. La última vez todavía no se me notaba, pero ahora. . .

Me fue muy difícil convencerlos que yo quería este bebé, aunque estuviera sola. Pedro me abandonó cuando le dije que estaba embarazada. Fue horrible. No quiero ni acordarme. Pero con todo, era claro para mí que no quería abortar. No por razones morales (ya había tenido dos abortos de él antes) sino porque esta vez sí quería. El me dijo: "Escoge, o el bebé o yo". Y mientras pasaban los días y yo no me decidía, él tomó la decisión.

Durante mi embarazo me tuve que comprar un anillo de casada, una argolla corriente, que medio disimulaba mi condición de soltera. Ya en varias ocasiones personas oficiosas y chismosas me habían dicho: "¿Casada? ¡Ah! ¿y por qué no usa anillo?". Si algo tan simple como no usar anillo causaba dudas, la ausencia perenne de un marido delataba mi mentira. A preguntas como: "¿Y por qué su marido nunca la acompaña?" o "¿Por qué no usa su nombre de casada?", que yo trataba de responder lo

mejor posible y sin enfurecerme, seguían desde el intercambio de miradas maliciosas hasta la duda abierta: "¿De veras?", o "¿Qué raro!".

Las personas más interesadas en mi condición de madre soltera fueron mis "compañeras" de trabajo. Como no creían que yo me hubiera casado "en secreto" y que mi marido estuviera trabajando en Guadalajara, hacían lo imposible por descubrirme y, posteriormente, al no tener pruebas ni en favor ni en contra, me cortaron su amistad. Con excepción de los mozos, la señora que hacía la limpieza y mi amiga Ana, todas las secretarías y empleadas me hacían el fuchi o la ley del hielo. En especial una vieja mocha, la jefa del administrativo, que llegó a pedirme mi acta de matrimonio para poder tramitarme la licencia de maternidad. Todas me soltaban comentarios de doble sentido y se burlaban de mí, hasta que un día estallé, y les grité a todas que eran una bola de hipócritas, que yo era una madre soltera porque había hecho lo mismo que ellas, tener relaciones con el novio. Se armó un escándalo y a los pocos días me llamó mi jefe.



Dibujo de

Fanny Rabell

Muy amablemente me dijo que para él mi estado civil no tenía importancia, pero que yo le había faltado al respeto a las demás compañeras de trabajo y que estaban muy ofendidas conmigo. Entonces me dijo que iba a ser necesario liquidarme y como me tocaba licencia por maternidad, pues me iban a dar 3 meses más, o sea 6 en total. Me quedé fría. Estaba en el séptimo mes y me corrían sabiendo que no iba a poder conseguir otro trabajo en ese estado. Antes de irme mi jefe me insinuó que no sería prudente quejarme o poner una demanda, puesto que yo había sido la culpable de mi despido ofendiendo a mis compañeras, y que todas atestiguarían en mi contra.

Los dos meses anteriores al parto solamente conseguí trabajo para mecanografiar en casa. Me pagaban menos de lo establecido, pero de todas formas era algo que podía ir ahorrando. No había comprado nada para el bebé y Ana y mis padres me insistían en que no lo hiciera hasta que éste hubiera nacido. Yo creo que ellos deseaban que naciera muerto.

Sin trabajo y con la fecha del parto acercándose tuve que abandonar mi departamento y regresarme a vivir con mis

padres. Aunque ellos me invitaron y trataron de ayudarme yo me sentía incómoda y volvieron a surgir choques y roces entre nosotros. Las limitaciones de espacio y de horario, más las broncas personales, me recordaron muy bien las razones por las cuales me había salido años antes: no los toleraba.

La tarde del parto me fui sola al hospital, pues ellos no estaban en casa. Aunque tuve un parto bueno y rápido, el trato que recibí en el hospital fue humillante. Las enfermeras insistían en llamarme señorita.

El día que llevé a mi hija a registrar fui con mis padres. Ahí supe que, aunque teóricamente todos los niños son iguales ante la ley y ya no hay más "hijos naturales", en el registro civil no ponen en el acta de nacimiento el nombre de los abuelos maternos si se trata de un hijo natural, contrariamente a lo que se hace cuando es un hijo legítimo. Eso les dolió mucho a mis padres que estaban presentes. Como yo ya tenía algo de callo me importó menos.

Los meses siguientes fueron horribles. No conseguía trabajo ni podía quedarme en casa con los comentarios hirientes de mi madre y las miradas lastimeras de mi padre. Ellos me estaban ayudando "por mientras", pero no pensaban mantenerme; decían que yo debía asumir "la responsabilidad de una loca decisión".

Al poco tiempo conseguí un trabajo pero no tenía Seguro Social, o sea que no tenía guardería y mi madre me seguía cuidando a la niña. Yo les pasaba mi sueldo y ellos me daban para transporte y cigarros.

Me sentía tremendamente mal, atrapada y sola. Cuidaban a la niña mientras yo trabajaba, pero nunca lo querían hacer de noche para que pudiera yo ir al cine, ni tampoco los domingos, pues —decían— tenía que quedarme con ella. Los domingos eran los días peores. Mi madre me refregaba siempre que ya que nunca veía yo a mi hija durante la semana, los domingos me tenía que dedicar a ella. Y así todos los domingos la llevaba al parque ¡Me sentía tan desdichada!. Yo quería estar con amigos, con otras personas de mi edad, platicar, divertirme, y me la pasaba cuidando un bebé. Me aburría, me hartaba, y entonces la culpa me invadía y me sentía mala madre.

Cuando alguien me pregunta qué ha sido lo peor de ser madre soltera, me acuerdo de esos días de mujer sola, sin amigas, sin guardería, sin lugares a donde ir. Toda la vida está organizada para personas que tienen quien les cuide los hijos, y las que no tenemos, pues nos jodemos. Todo está organizado para matrimonios, parejas y familias; no hay lugares para mujeres solas con hijos.

Mi hija ya iba a cumplir un año cuando conseguí un trabajo con Seguro Social. La entrada a la guardería fue muy difícil porque no había lugar. Me querían mandar a una lejísimos y les dije que prefería esperarme. Todos los días iba a hablar con la encargada hasta que me dió un lugar. A la semana me salí de la casa de mis papás en medio de dramas y lamentaciones. Mi mamá lloraba porque ahora que ya no iba a cuidar a la niña, estaba segura le ocurrirían mil desgracias. Mi papá me llamaba malagradecida y ninguno de los dos entendía por qué quería yo vivir sola. "¿Qué cosa me faltaba viviendo con ellos? ¿Qué quería yo hacer que no pudiera hacerlo en su casa?"

Durante un tiempo siguieron las lamentaciones y las insinuaciones. Yo vivía superamolada, sin un quinto, pero me sentía mejor. No podía salir en las noches pero tampoco lo había podido hacer viviendo con ellos. Cuando mi hija cumplió 2 años conocí a una muchacha divorciada, Josefina, que tenía una niña de 3 años. Nos hicimos amigas y decidimos vivir juntas y compartir la casa y el cuidado de las niñas. Así empecé a salir un poco más y a divertirme algo.

Las personas que me iban conociendo creían que era divorciada. Solamente muy pocas se daban cuenta que la niña y yo llevábamos el mismo apellido. Cuando me preguntaban por qué, yo les contestaba directamente. No me importaba que supieran la verdad. Cuando inscribí a mi niña en el kinder donde iba la hija de Josefina, salió el problema de que era "hija natural". La directora me puso mala cara y yo me dí el gusto de mandarla por un tubo. Josefina también sacó a su niña y ahora están muy contentas en otro kinder, un poquito más lejos de la casa.

Cada vez me siento mejor de ser madre soltera. Al principio todos me hicieron sentir que tener una hija así era casi un delito, que iba a ser una niña marcada para toda la vida, una "bastarda". Durante mucho tiempo me sentí muy mal, me sentía culpable de "haberle robado la oportunidad de tener un padre como Dios manda". Pero ahora que veo la cantidad de divorciadas que están como yo, o peor, pues los maridos las friegan, las molestan, les secuestran a los hijos, y otras cosas, pienso que tengo suerte. Como siempre quise a mi hija no tengo los problemas de otras madres solteras que no escogieron, sino que se dieron cuenta "demasiado tarde", o que fueron abandonadas después. Ha de ser muy padre tener un compañero de verdad, que jale parejo o sea un padre para los escuincles. Pero entre estar sola o mal acompañada por un gañán como los que abundan por ahí, pues prefiero lo primero. El día que viva con un hombre será por gusto y no por necesidad, como tantas otras lo hacen.